

el bullir incesante de los tres dias de saturnales que modernamente se usan, que el hombre es un sér efímero y transitorio que pasa con más velocidad que el relámpago sin dejar en pos de sí rastro alguno?

Y sin embargo, es la verdad, es la realidad más positiva de nuestra existencia. Bajo cierto aspecto vivir es caminar á la muerte: morir es el destino infalible de todo lo que vive: somos polvo y sombra, como dijo el mismo Horacio ya citado.

## III

Y bien mirado, discurriendo un poco sobre la vida del universo, la muerte no debiera ser patrimonio del hombre, so pena de cambiar el cetro de soberano por la suerte más infeliz y desventurada, siendo el término de lo más grande que hay en la creacion, inferior á todas luces al término de lo que más bajo que el hombre aparece. Desde los soles que brillan en el espacio con luz perenne, y las masas que con orden regular y admirable se mueven en las regiones del éter, hasta la flor del campo que vive silenciosa al pié del cristalino arroyo, todos los séres cumplen su destino obedeciendo á una ley que podemos llamar la de la vida y el movimiento. Los irracionales, careciendo de inteligencia, cumplen con su destino pasando tranquilamente del ser al no ser. Solamente el hombre arrastra una existencia llena de penalidades y miserias. Nace desnudo, miéntras los demás animales deben á la naturaleza medios de contrarrestar las influencias de la atmósfera y los rigores del clima. La enfermedad, el dolor, la tristeza, los pesares, son patrimonio de los hijos de Adán, cuya vida es un continuo batallar, sin que esta lucha tenga otro término que el que se encierra en esta palabra: la muerte.

Para salvar tamaño absurdo hay que acudir á la explicacion racional y cristiana de una naturaleza debilitada y decaída: es preciso ver en el rey de la tierra á un monarca destronado hasta cierto punto, y á quien fueron dadas en la plenitud de los tiempos luces bastantes para que, observando cuán desviado va del camino que á su destino conduce, sepa dónde está el sendero que rectamente guía á su futuro destino.

El cuerpo se disuelve, vuelve á la tierra para confundirse con la masa de la madre comun; pero el espíritu no es de aquí. Rotas las ligaduras que á la carne le aprisionaron, vuela á las regiones de la inmortalidad. Y esto es lo que el hombre olvida, pasando de ordinario la vida en un perpétuo y bullicioso Carnaval, deteniéndose tan sólo en medio de su locura si logra penetrar en el fondo de su conciencia la voz del sacerdote católico: eres polvo, caminas á la tumba; tu espíritu no tiene aquí habitacion duradera.

## IV

El eterno problema de la lucha entre lo que es y lo que debe ser, entre las pasiones y la razon, entre la carne y el espíritu, sólo tiene solucion dentro de las enseñanzas católicas. Fuera de ellas discurrirán en vano los filósofos un medio de salir del círculo de hierro en que la obcecacion y la experiencia forzosamente los habrá de aprisionar: hay un dualismo en el fondo de nuestro sér si al estudiarle no pedimos auxilio á la filosofía cristiana ó descendemos al nivel del bruto, retrogradando miles de años para hallar con Epicuro en la muerte el fin de la vida, ó caminamos á la misma solucion envueltos en la nube tupida de conceptos absurdos y contradictorios de los modernos sistemas positivistas y nihilistas. El Apóstol lo dijo: *Solutio omnium difficultatum Christus.*

DAMIAN ALVAREZ.

## EN EL ABANICO

DE LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION DE FERRATGES

¡Oyes, Concha, los céfiros alados  
que agita tu abanico en derredor?  
Pues son todos suspiros ó recados  
que te manda al oído

CAMPOAMOR.

## OPINIONES DE LOS CLÁSICOS SOBRE EL APÓLOGO

Es una opinion bastante generalizada la de que los clásicos no dieron al apólogo más importancia que la referente al fin moral, sin que juzgasen por otra parte que este género poético fuese susceptible de cierta gravedad, á fin de consagrarle á objetos más altos y severos, tales como la inculcacion de principios generales, de los que se desprendiesen ciertas enseñanzas, ya del orden moral, ya del científico, ya del artístico, ora religiosas, ora políticas, y aún literarias.

No han dejado de incurrir en este error muchos doctos contemporáneos al historiar la suerte del apólogo, movidos tal vez por el deseo de ir hallando nuevos derroteros y aplicaciones nuevas en las diversas edades artísticas. En este concepto han sido señalados como innovadores, entre otros varios fabulistas, San Cirilo, arzobispo de Tesalónica (siglo IX), Lessing é Iriarte (siglo XVIII), por haberse ejercitado en la fábula religiosa, filosófica y literaria respectivamente.

Esta inexactitud es la que vamos á combatir brevemente, reproduciendo las principales indicaciones que hallamos en los clásicos referentes al apólogo, y sin ocuparnos de una manera especial de los fines religioso y filosófico, porque su gran analogía con el moral lo hace innecesario, demostraremos que el apólogo político y el literario fueron conocidos y empleados por los escritores clásicos griegos y latinos.

Aun cuando en la época de Platon no se habia hecho lugar el apólogo como género poético, el ilustre filósofo lo consideraba sin duda digno del atavio métrico, al darnos cuenta al principio del *Fedon* de que Sócrates habia puesto en verso en su prision algunas fábulas de Esopo. Y asimismo juzgaba el fundador de la Academia que las fábulas-apólogos entraban en la categoría de aquellas producciones literarias que encierran inmensa utilidad y aprovechamiento, y deseaba por tanto que los niños las mamasen con la leche de las nodrizas, y eso que desterraba de su república á la generalidad de los poetas<sup>1</sup>. Si tenemos en cuenta que en el diálogo platónico de referencia trata del ideal de un gobierno bien ordenado, comprenderemos que Platon señalaba aquí la utilidad política del apólogo al reconocer que por su medio y conducto puede enseñarse indirectamente á los ciudadanos la obediencia á las leyes.

En efecto, es un hecho digno de llamar la atencion el gran uso que en Grecia se hizo de la fábula política. Este carácter tiene la más antigua que en dicha literatura se conoce y la encontramos en Hesiodo (por cuya razon Quintiliano le atribuye la invencion del apólogo), quien se dirige á los reyes contándoles á los doscientos versos de *Las obras y los dias* el *αἶνος* de *El gavilán y el ruiseñor*. La misma intencion tiene el de Stesicoro de Himera, conservado por Aristó-

<sup>1</sup> Platon, al ocuparse de estas materias en los libros II y IV, y principalmente el III de su *República*, no nombra explícitamente las fábulas esópicas ni las distingue con rigor didáctico de las *mitológicas*, *épicas* y *milesias* como los preceptistas posteriores (V. p. ej. Aftonio y Filostrato); mas al tratar de escoger las fábulas convenientes y desechar las demás, incluye indudablemente en aquellas las *apólogas* (μῦθος, αἶνος, λόγος, ἀπόλογος, παροιμία).

teles, pues tratando aquél de prevenir á sus compatriotas contra la ambicion de Fálaris, tirano de Agrigento, que les ofrecia su alianza y proteccion, les narró el apólogo de *El caballo y el ciervo*. Queriendo el primero vengarse del cornudo, recibió al hombre sobre su espalda y quedó hecho un esclavo para siempre<sup>2</sup>. De igual aspecto y finalidad participa otro apólogo que el mismo filósofo-retórico nos ha trasmitido como de Esopo, quien lo contó en las circunstancias siguientes. Tratábase de condenar á un gobernador acusado de crimen capital, y el fabulista expuso la moralidad de *El erizo y la zorra*. Acosada ésta en un foso por multitud de insectos, replicaba á un generoso erizo que queria quitárselos, que los dejase quietos, pues estando ya repletos de sangre, los que viniesen despues chuparian con mayor ansiedad<sup>3</sup>. Por eso dice el Stagirita que no suele ser fácil hallar hechos parecidos ó análogos que nos sirvan de argumento, pudiendo traerse entónces una fábula con oportunidad<sup>4</sup>.

Tampoco sería muy aventurado dar un alcance político á los dos fragmentos fabulísticos que quedan de Arquíloco, por más que las circunstancias en que se inventaron sean eminentemente personales y satíricas<sup>5</sup>. El primero, *La mona y la zorra*, va enderezado contra el necio orgullo de la cuna, y el otro, mal atribuido por Aristófanes en *Las aves* por boca de Pistetero á Esopo, tiene por personajes *La zorra y el águila*, que habiendo formado sociedad fué ésta tan poco escrupulosa que se devoró los hijuelos de la primera.

En cuanto á este último poeta cómico, como sus producciones en gran parte son exclusivamente políticas, de este carácter participan tambien varias fábulas que se mencionan en las *Aves*, las *Avispas* y la *Paz*. Ni parece podia suceder de otra manera, es decir, que el apólogo, desde sus principios y por su propia índole, dejara de tener esa aplicacion que decimos á los asuntos referentes á la gobernacion de los pueblos, si consideramos que el más antiguo que conocemos, y que se remonta á la edad apartadísima de tres mil años, tiene ese mismo objeto. Tal es el que se lee en el libro de los *Jueces*, al cap. IX *Los árboles eligiendo rey*, por cierto eminentemente republicano, contado por Joathan contra el tirano usurpador Abimelech, para demostrar á los de Sichem la injusticia de su eleccion. No es, pues, extraño que el mismo Fedro, á quien suele invocarse por el *fictis jocari*, etc., en contra de las ideas que sustentamos, manifieste bien claro su opinion acerca del origen y objeto de la fábula, suponiéndola nacida en los hierros de la esclavitud (*Prólogo del libro III*), y dando él mismo expresamente á muchas de sus composiciones el matiz político y aún el colorido local ó de época que, á lo que parece, hubo de costarle bien caro por la venganza del aludido Sejano.

Y no sólo los poetas, sino tambien los oradores políticos más insignes, usaron con frecuencia de este procedimiento alegórico, aprobado por Quintiliano para mover los ánimos<sup>6</sup>. El gran Demóstenes, en un discurso de aquella índole, no fiando en su maravillosa elocuencia para atraerse la distraida atencion de los atenienses, apeló al recurso de narrarles la fábula de *El asno*

<sup>2</sup> Esta fábula, que se halla en la *Retórica* de Aristóteles, lib. II, cap. XI, fué imitada por Horacio (ep. X del lib. I), Conon (apud Phocium) Fedro (fab. cuarta, lib. IV), etc., etc.

<sup>3</sup> Aristóteles, loc. cit.

<sup>4</sup> Idem, ibid.

<sup>5</sup> Citados por Filostrato (Εἰκόνες) y Eustacio Παρεμβολαὶ Ὀμήρου, y que pueden verse en Brunck, *Analecta*, tomo I, pág. 46 (edic. 1772-76).

<sup>6</sup> *Oratoria institutionis*, libro V, cap. XI.



alquilado y su sombra<sup>1</sup>, y así también Dématas contó en ocasión análoga la de *Céres la anguila y la golondrina*. Finalmente, Tito Livio nos ha transmitido el apólogo contado por Menenio Agrippa á la plebe romana, titulado *Los miembros y el estómago*<sup>2</sup>, que por las circunstancias es también altamente político.

Por lo que respecta á la utilidad que el arte de escribir puede reportar del apólogo, pequeño esfuerzo necesitaríamos hacer para demostrar la aplicación literaria que entrañan muchas de las fábulas griegas y latinas. En efecto, al grajo soberbio, adornado con plumas de pavo real, ¿qué aplicación más exacta puede dársele que la referente á los literatos plagiarios? Y en el pollo, que desconoce el valor de la margarita, ¿no estamos viendo al ignorante que no sabe apreciar las letras? Y en la rana reventando por querer equilibrar con el buey, ¿no hallamos el escritor hinchado, huero y presuntuoso? Y Esopo aconsejando que no esté siempre tirante el arco, ¿no recomienda el descanso del espíritu tras el estudio? Y en la fábula quinta del libro IV, ¿no zahiere Fedro á los Zóilos y críticos indigestos y descontentadizos?

Pero no prosigamos, pues nos haríamos interminables en este terreno. Sólo si queremos traer en nuestro apoyo la autoridad del insigne Horacio, quien no vaciló en hacer varias alusiones fabulísticas en el código inmortal de su epístola á los Pisones. El *parturient montes* retrata al vivo aquellos escritores que hacen promesas enfáticas para producir partos ridículos sin mérito alguno. El *nunquam te fallant animi sub vulpe latentes*, alusión al parecer al apólogo esópico *El zorro y el cuervo*, lo aplica el aleccionador de los hijos de Pison á los aduladores de los malos poetas con muchos bienes de fortuna<sup>3</sup>; y por último, el *plena cruoris hirudo* encierra el argumento de una fábula en que se compara á los recitadores sempiternos con la sanguijuela que no suelta la piel hasta quedar de sangre bien repleta.

Hay, pues, que reconocer que si los escritores clásicos no nos han legado colecciones fabulísticas consagradas al fin *militar, religioso, político, literario*, etc., no dejaba de haber entre sus apólogos muestras de cada una de estas clases, y entre sus preceptistas quienes hiciesen en tal sentido debidas aplicaciones. El fundamento estético de esta verdad estriba en el carácter complejo del apólogo, que se deja influir de modo vario, ora por el elemento lírico, ora por el bucólico, ora por el épico, ora por el satírico, y por otras varias formas y diversas moralidades. Todo lo cual ha producido prolijas discusiones entre los estéticos y los preceptistas, tanto por lo que se refiere al origen racional, como por lo que se relaciona con la aparición histórica de estas pequeñas composiciones, aunque es de observar en todas ellas el doble carácter didáctico-simbólico, ó sea el fin primordial didascálico ó docente, bajo el velo de una interesante alegoría.

JULIAN APRAIZ.

## EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORA MARQUESA DE VALMEDIANO

Junta tu cara graciosa  
y de perfecciones llena,  
la nieve de la azucena  
y las tintas de la rosa.

<sup>1</sup> Esta es una de las fábulas á que, en forma de proverbio, hace alusión Aristófanes (V. *Avispas*, por boca de Filocleon, al principio).

<sup>2</sup> *Historia romana*, libro II, cap. XXXII.

<sup>3</sup> También puede referirse aquí Horacio á *La zorra de Arquíloco*, proverbio griego, á que alude también Platon en el libro II de la *República*, basado en una de las fábulas del satírico de Paros.

La vista la abarca ansiosa  
y fija allí permanece,  
pues nada humano le ofrece  
tan celestial hermosura,  
á no ser el alma pura  
que en tus ojos resplandece.

¡Dichoso el mortal, Belén,  
que mirándolos de hinojos  
pudo soñar en tus ojos  
la beatitud del Edén!

Y dichoso yo también  
si, á fuerza de sumisión,  
alcanzo el excelso dón  
que empecé á ganar de niño:  
una amistad, un cariño  
igual á mi admiración.

CÁRLOS COELLO.

## LO QUE NOS FALTA

### I

Achaque es de todo mortal, pero más particularmente de la mujer, el poner la dicha, no en lo que tenemos, sino en lo que dejamos de poseer.

La que no puede negar que es rica, bien nacida y amada de su familia, lamenta el carecer de hermosura, aunque no se la pueda llamar fea.

La que ha nacido bella suspira por aquellas dotes, ó dice que daría toda su hermosura por un poco de talento.

Y conozco una mujer extraordinariamente fea, pero dotada de un talento sobresaliente: una hermosa tarde de primavera se hallaba paseando conmigo en los frondosos jardines de Aranjuez; cansadas ya de andar nos sentamos en un banco rústico á la sombra de algunos grandes árboles, y empezamos á hablar de mil cosas diferentes.

Mi amiga desplegó tal sutileza de ingenio, tal gracia y tanta lucidez de raciocinio, que yo me entusiasmé, é idolatra del talento, como he sido siempre, no pude ménos de exclamar:

—¡Bendito sea Dios, que te ha dotado de tan elevada inteligencia!

Jamás olvidaré el gesto de tristeza con que mi amiga sacudió la cabeza al contestarme:

—¡Toda mi inteligencia—dijo—la daría yo por una cara regular!

### II

Lo mismo que nos sucede respecto de nuestras cualidades nos sucede respecto de lo demás, y sobre todo en el matrimonio la mujer es por demás intolerante.

¿Por qué causa es más indulgente y más benévola respecto de sus padres y de sus hermanos que respecto de su marido?

¡Ay! Porque al casarse cree haber conquistado la libertad de ser injusta y de juzgarlo todo con rigor, cuando debía ser todo lo contrario.

Muchas esposas hay que, favorecidas por la suerte con hombres honrados y que las aman de todo corazón, les echan en cara el ser poco atentos, que no las miman, ú otra gran culpa por el estilo.

Es decir, que fundamos siempre nuestra desgracia en lo que nos falta, sin pensar en la dicha de lo que poseemos; y como dice muy bien mi amiga Carolina Coronado:

¡Es lo mismo que todos los pesares  
del mundo tenga, ó que los sueñe todos,  
si se sufre igualmente de ambos modos!

### III

Hay una cosa, sin embargo, que preserva del dolor de carecer de los bienes que envidiamos en otros.

La vanidad.

Las personas muy vanas creen lo que poseen perfecto, seductor, inmejorable.

He visto hombres muy graves, hombres de mundo, hombres serios, atacados de esa feliz dolencia hasta un punto increíble; y digo feliz, porque el modo de ver las cosas los que tal defecto tenían era para ellos un elemento de constante y completa dicha.

¿Se habla delante de esas gentes de la distribución de la casa que cada uno habita?

Ninguno la tiene mejor que la suya.

¿Se habla de caballos?

Los suyos son de la más pura raza.

¿De un buen sastre?

El suyo tiene un nombre glorioso en los anales de aguja.

¿De perros?

Ellos los poseen de castas desconocidas.

¿De la belleza de una mujer?

Su esposa ó su prometida llaman la atención general cuando se presentan en público.

¿De buena mesa?

Su cocinero tiene que ir á casa de sus amigos cuando tienen convidados para hacer alguno de esos platos de que él solo posee el secreto.

¡Oh dicha de la vanidad! ¡Quién pudiera disfrutarla!

### IV

Hay otra tercera clase de personas á las que se les figura que les falta todo, á causa de una modestia que ya llega á ser como una dolencia del ánimo.

Esta clase es también desgraciada, y quizás más que ninguna, porque cuando falta la completa estimación de sí mismo no hay valor para nada y el alma está en una angustia continua.

Apelemos á la razón para hallar el justo medio, que está tan lejos de la excesiva vanidad como del extremo descontento, y tengamos equidad para los demás á la vez que la tenemos para nosotros mismos.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

## CANTARES<sup>1</sup>

¡Qué vereda tan estrecha  
y qué abismo tan profundo!  
¡Qué espinoso es el camino  
desde la cuna al sepulcro!

Cipreses del camposanto,  
¡qué triste suerte la vuestra!  
¡La muerte nacer os hace  
y las lágrimas os riegan!

Nos hemos equivocado  
al acercarnos los dos;  
tú buscabas un amante,  
yo buscaba un corazón.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

## ESTUDIOS LITERARIOS

### LA LITERATURA FRANCESA EN LA EDAD MEDIA

La Edad Media en la historia literaria.—Ideas y sentimientos que determinan la vida y modo de ser de la Edad Media.— Necesidad para su expresión de una literatura especial.— Los trovadores y troveros.—Su vida aventurera.

Comprendemos por Edad Media los cuatro siglos, del XI al XV, época de laboriosa fermentación que nace y se desarrolla el mundo feudal con sus luchas incesantes, con sus cruzadas, con sus trovadores y juglares, con sus cortes de amor, con sus ideas caballerescas, con todo, en fin, lo que le caracteriza. Después de la terrible noche del décimo siglo, con sus mortíferas pestes que diezaban la población, con sus ham-

<sup>1</sup> Escritos para la tercera edición del libro *Notas perdidas*.



bres horrorosas en que se mezclaba el yeso á la harina comprada á peso de oro y se comía carne humana, con sus indescriptibles terrores por la aproximación del fin del mundo, cuando pasó sin catástrofe el aterrador año 1000, la humanidad se apresuró á dar muestras de aquella vida que habia creído perdida para siempre. La arquitectura y la poesía cristiana nacieron, y las canciones de gesta y las catedrales brotaron por doquiera.

Las tribus germánicas habian traído de sus bosques el principio de la libertad y de la individualidad, la voluntaria consagración del hombre al hombre, la inviolable fidelidad al juramento; y en fin, lo que resumía todo lo demás, el culto y hasta la superstición del honor. Este culto, esta superstición, con el fanatismo religioso y el exagerado amor á la independencia, caracterizan á la Edad Media. Sobre él está fundado el feudalismo y la caballería, las dos instituciones propias de esa edad; aquella como protesta del poder nobiliario contra el poder real; ésta como protesta del oprimido contra el opresor, fuera quien fuere. ¡Dios y mi dama! Hé ahí la divisa de los caballeros. ¡Dios! es decir, justicia, piedad, sumisión, nobleza, dignidad. ¡Mi dama! es decir, amor, galantería, protección al débil, fidelidad, lealtad. Tales son las ideas y sentimientos que simbolizaba la caballería.

Esta nueva sociedad, este nuevo orden de ideas requería para su expresión una literatura especial, y la tuvo; lo que faltó á los romanos, un desarrollo espontáneo y original de sus facultades literarias, lo tuvo la Edad Media, gracias al momentáneo olvido de los antiguos modelos; sus *aoides* fueron los trovadores, troveros y juglares: formando parte del séquito de los príncipes y nobles cantaban sus hazañas y victorias, narraban sus combates, y á veces lloraban sus propios infortunios. Los había que iban siempre con sus señores formando parte de su servidumbre; pero la mayor parte eran cantores ambulantes que iban de ciudad en ciudad y de castillo en castillo cantando sus poemas, ora recibiendo ricas recompensas, ora humillantes limosnas, aquí recibidos con entusiasmo, allá acogidos con frialdad, ya repletos de oro y de esperanzas, ya hambrientos y haraposos, en un lado llevados en triunfo y en otro indignamente ultrajados, aquí cabalgando en brioso corcel, y allá arrastrándose por entre los bosques, llevando de un castillo la prenda de amor de la castellana y de otro las huellas de los ultrajes de la servidumbre, existencia azarosa y aventurera cual ninguna.

#### POESÍA ÉPICA

Primeras manifestaciones literarias de la lengua francesa.—Ley de aparición de los géneros literarios.—Ciclos épicos.—CICLO CARLOVINGIO: Composiciones que abarca: Época de su aparición.—Caracteres típicos de las canciones de gesta.—*Cancion de Roldan*.—La Edad Media en los poemas épicos.—*Roman des Loherains*.—CICLO ARMORICANO: Su carácter.—Origen del sistema poético desarrollado en los libros de caballería.—Opiniones.—Tradiciones clásicas.—Las Cruzadas.—Costumbres germánicas.—Secularización de la caballería.—Arturo en las vidas de los santos y en cantos de los bardos.—Series de poemas del ciclo armoricano.—Serie profana.—La *Crónica de Mommouth* y los poemas de la *Tabla redonda*.—Serie religiosa.—El santo Graal.—CICLO CLÁSICO: La vida de Ulises, la guerra de Troya, Medea y Alejandro en los poemas de la Edad Media.—Decadencia de la poesía épica.—POEMAS DIDÁCTICOS.—*Bestiarium*.—POEMAS ALEGÓRICOS.—*Roman de la Rose*.—FABLIAUX.—POEMAS SATÍRICOS.—*Roman du Renard*.

Son las primeras manifestaciones literarias de la lengua francesa, pertenecientes á esta época, poemas heroicos y cantos épicos, con lo que vemos cumplida en la literatura francesa la ley general de aparición y desarrollo de los géneros literarios. El orden de esta aparición exige, en efecto, que lo épico preceda á lo lírico y lo lírico á lo dramático. Es verdad que al pronto parece

esto extraño y anómalo, pues la poesía lírica, expresión de la belleza subjetiva, manifestación de los sentimientos é ideas del poeta, parece que debiera preceder á la poesía épica, expresión de la belleza objetiva, manifestación de la belleza de toda la realidad que nos rodea; pero el hecho constante y regular es, por el contrario, la aparición de la épica antes que la lírica; así Grecia inaugura su brillante carrera literaria con los cantos épicos de Homero y Hesiodo, que tienen sus precedentes en los ciclos míticos y heroicos; Roma, con los poemas de Livio Andrónico y Eneo Nævio; España, con su *Poema del Cid* y de la *Crónica de las Mocedades de Rodrigo*; Francia, en fin, con sus *Canciones de gesta*. Esto tiene su explicación en la naturaleza misma de las cosas: el hombre, antes de replegarse sobre sí mismo y darse cuenta de sus ideas y sentimientos, se siente impresionado por la naturaleza exterior, por los ruidos que llegan hasta él, por los hechos que presencia ú oye relatar, y por eso, antes que cantar sus amores, canta la gloria de sus combates; antes que lamentar sus infortunios, llora en sentidos versos los infortunios de sus héroes; antes de hacer odas y madrigales, hace himnos y poemas.

Todos los poemas y cantos épicos franceses pueden agruparse en tres ciclos diferentes, según los héroes cuyas hazañas cuentan y cuyos hechos cantan. El ciclo francés ó carlovingio de Carlo-Magno, el ciclo breton ó armoricano de Arturo, y el ciclo clásico ó greco-romano de Alejandro.

No todas las composiciones poéticas que abarca el ciclo carlovingio se refieren á la época de Carlo-Magno; las hay que se remontan á los tiempos de Clovis y Dagoberto, y las hay que descienden hasta Carlos el Calvo, y aún hasta los Reyes de la tercera raza; todas ellas, sin embargo, están englobadas en el ciclo carlovingio, porque un mismo pensamiento las informa y á un mismo orden de ideas deben su existencia.

Las más notables de estas composiciones parecen haber sido escritas del siglo XII al XIII; el carácter típico de las *Canciones de gesta* es la inspiración religiosa; celebran sobre todo la lucha de los cristianos contra los moros: de tal modo esta lucha preocupaba los espíritus, que los cantores que celebraban los hechos de Carlo-Magno convertían en musulmanes á todos los pueblos con los que guerreó, del mismo modo que le atribuían todas las victorias sobre los musulmanes obtenidas por otros príncipes.

El segundo carácter de las *Canciones de gesta* es la inspiración feudal: cantadas en los castillos, celebran siempre las luchas de los nobles contra las pretensiones de los Reyes, que salen casi siempre malparados en estos poemas, hasta el punto de aparecerse en ellos el mismo Carlo-Magno tan odioso por su conducta como formidable por su poder. Los romances carlovingios se escribieron bajo la protección é influencia de los feudatarios grandes y pequeños, descendientes de aquellos antiguos jefes que en los últimos tiempos de la segunda raza desmembraron el imperio de Carlo-Magno; los poetas autores de romances de los siglos XII y XIII celebrando las rebeliones de los duques y condes carlovingios, lisonjaban y apoyaban realmente la orgullosa obstinación de los duques y condes de su tiempo en mantenerse independientes del poder real, y en este sentido puede decirse que la poesía carlovingia era absolutamente feudal<sup>1</sup>.

La más notable y antigua epopeya del ciclo carlovingio es la famosa *Cancion de Roldan* ó *de Roncesvalles*, que se remonta á los tiempos de Ludovico Pio. Su anónimo autor desarrolla en

cinco cantos la patética leyenda de la derrota de Roldan vencido por la traición de Ganelon y por su misma temeridad. Otra obra análoga es la crónica latina, falsamente atribuida al arzobispo Turpin, compilación informe de varios santos populares sobre la expedición de Carlo-Magno contra los sarracenos y la derrota de Roncesvalles; las preocupaciones eclesiásticas del autor se revelan en atribuir el motivo de la expedición á un sueño de Carlo-Magno en que se le apareció Santiago de Compostela ordenándole sacar sus reliquias del poder de los moros, así como también en la recomendación indirecta que dirige á los príncipes de dotar ricamente á los monasterios y fundar muchas iglesias, sin cuya precaución, según asegura, Carlo-Magno hubiera infaliblemente perecido.

El interés principal que nos ofrecen estos poemas es la fiel pintura de la vida de la Edad Media. En estas largas narraciones de veinte, treinta y cincuenta mil versos, que se siguen en interminables columnas de veinte á doscientos y aún más con una misma rima, es donde se encuentran en su propio lugar el monasterio, las damas del terso rostro cogiendo flores de Mayo ó esperando noticias desde lo alto de los balcones; el ermitaño leyendo en su libro iluminado; la señorita montada en su tordo palafren; los mensajeros y los peregrinos sentados á la mesa y conversando en la adornada sala; los aldeanos bajo la poterna; el siervo sobre la gleba; los pabellones tendidos al viento; los estandartes bordados y desplegados; las cazas con halcón; los juicios de Dios por el fuego, por el agua, por el duelo; las asambleas, las justas, las espadas heroicas, la *Durandal*, la *Joyeuse*, la *Hauteclaire*; los caballos piafando llamados por sus nombres á estilo homérico, el *Bayardo*, de los hijos Aimon; el *Blanchard*, de Carlo-Magno; el *Valentin*, de Roldan; todo lo que acompañaba y seguía á las disputas de los señores, desafíos, estipulaciones, injurias, toma de armas, convocación de los parientes y amigos (*du ban et de l'arrière-ban*), máquinas de guerra, ardidés, asaltos, lluvias de flechas de acero, hambres, degüellos, torres demanteladas; es decir, el espectáculo entero de esa vida estrepitosa, silenciosa, variada, monótona, religiosa, guerrera, en que todos los extremos se reúnen de tal suerte que estos poemas, que parecían disparatar al principio, concluían frecuentemente por traernos á una verdad de detalles y sentimientos mucho más real y sorprendente que la historia misma<sup>1</sup>.

De todas las *Canciones de gesta* conocidas, ninguna expresa mejor ni más fielmente el espíritu y costumbres de la edad feudal que el *Romance de los Loherains*. Este poema canta la lucha de dos razas feudales, la lorenesa, es decir la alemana, y la picarda, es decir, la francesa: Garin, uno de los primeros héroes de la primera, tiene por aliados á toda la nación teutónica; su adversario Fromont tiene la amistad de muchos nobles franceses. No aparece como la concepción de un solo artista: su unidad consiste sólo en cantar la supremacía de la raza teutónica, pero no en una concepción artística; su marcha tiene algo de fortuito, como fruto de la imaginación popular no regulada por el arte en su espontáneo desarrollo. Esta Iliada gótica tiene por punto de partida, como la griega, la rivalidad de dos guerreros, Garin y Fromont, que se disputan la mano y los dominios de la sin par Blancaflor.

La poesía carlovingia es feudal, pero no es aún caballeresca; canta la guerra, pero no el amor: los varones carlovingios son valientes,

<sup>1</sup> Edgard Quinet.—*Épopées françaises douzième siècle*.

<sup>1</sup> Fauriel.—*Hist. de la Poésie provençale*.